

Sentar la cabeza

“Sí, cara, parla un pó”, le decía mi cuñado a mi hermana cada vez que alguien le pedía a esta última que hablara en italiano, que demostrara que había aprendido algo más que a hacer tiramisú durante todo este tiempo. Mi cuñado la instaba sonriendo, orgulloso, apremiándola como si fuera un domador de criaturas y quisiera presumir ante su público de lo que su bichito más torpe había logrado hacer gracias a él. Mi hermana, por su parte, se ponía roja como un pomodoro y soltaba frases soeces que el marido celebraba riéndose muy fuerte y palmeando como una foca.

Hacía solo un año que se había ido a vivir a Nápoles y ya estaba irreconocible. No había llovido tanto desde que llevara esas pintas de outsider y la cabeza rapada. Tampoco hacía una eternidad desde que la llamaran la Rope: Rocío la Pelona. Ahora, en cambio, se dedica a sus labores, a cuidar de mi sobrino y a contentar a mi cuñado.

Mi hermana mayor ha sido siempre mi heroína, el referente para todas las cosas. Escuchaba su música, vestía su ropa, imitaba sus gestos, me gustaban los chicos que le gustaban a ella. Las dos estudiamos filología árabe, pero yo acabé primero porque nunca tuve tantos amigos ni me salían tantos planes como le salían a ella. La Rope era la chica más guapa de Granada y ahora es la señora más triste de Europa.

Tu hermana por fin ha sentado la cabeza, solía decir mi madre. *He visto a tu hermana con el niño*, -me dijo el pescadero del mercado con sus ojos de besugo, más besuguiles que los propios de los besugos que vendía- *Qué centrada parece ¿eh?* -continuaba- *Con lo cabecita loca que ha sido siempre, jeje*. Y buscaba la complicidad de las señoras que pedían y daban la vez y que sonreían sin saber en realidad quién era mi hermana. *Ya con la edad se le quitan a uno las tonterías*, dijo mi padre la mañana que íbamos a recogerlos del aeropuerto.

Quisiera saber en qué momento surgió la expresión “sentar la cabeza”. Personalmente sentaría en una guillotina la cabeza de la persona que la utilizara por primera vez. La estabilidad es la meta general para todo el mundo, sí, pero la estabilidad no debería desestabilizar lo que uno era antes de estabilizarse como persona estable.

Solo una vez, durante la última visita de mi hermana, se me ocurrió insinuarle lo de su cambio repentino. Entré en casa para dejar unos platos en la cocina y vi que ella estaba en el lavabo, con la puerta abierta, frotando una mancha de caca del pantaloncito del niño y yo consideré que era el momento perfecto. Los demás estaban en el patio con el café, los chupitos y dulces de todo tipo. Nosotras solas dentro de la casa, en silencio, como cuando éramos pequeñas y a esa hora todo el mundo dormía la siesta menos nosotras, que inventábamos cualquier juego mudo para escapar del aburrimiento del sueñecito de después de comer. *Rope* -empecé, quizá demasiado fuerte-.

Qué susto, joder.

Te echo de menos -seguí-

Y a partir de ahí improvisé, titubeando un poco al elegir las palabras, como si me diera vergüenza decir en voz alta lo que llevaba mucho tiempo pensando, nerviosa como si ya no pudiera sentir confianza con esa mujer que frotaba y frotaba una mancha de color mostaza que iba a permanecer para siempre sobre la prenda blanca.

Hablé sola durante un buen rato sin que ella levantara la cabeza, y a la segunda o tercera vez que pronuncié la palabra “cambio” paró, se giró muy lentamente y se alteró tanto, que comprobé que ella ya debía haber advertido lo de su cambio mucho antes que yo. Le temblaba un poco la barbilla mientras me dijo todas esas cosas, tenía las ojeras muy marcadas (sería la luz del baño) y llenó el suelo de agua porque agitaba el pantaloncito empapado cada vez que enfatizaba alguna de las palabras que me escupía. Zanjó la conversación espetándome que yo lo que tenía era envidia, que mi novio y mis hijos ni estaban ni se les esperaban y que dejara ya de llamarla Rope, coño.

Salí de casa y eché a andar, sin rumbo. Caminé como un autómata con el enjambre de las palabras de mi hermana zumbándome en la cabeza, hiriéndome, aturdiéndome. Solo al rato fue que me di cuenta del calor que hacía, de que el telediario tenía razón cuando insistía en lo desaconsejable de exponerse al sol en las horas más críticas como precisamente lo era esa. Miré alrededor y no encontré siquiera un amago de sombra, parecía que estaba en el desierto. Seguí caminando con el latido del corazón en las sienes y el sudor picándome en el escote y en la espalda, donde sentía la blusa pegada como un bañador mojado.

Al final de la carretera atisbé una gasolinera, no llevaba el bolso, pero me podrían dar un vaso de agua. Arrastraba las chanclas como si tuviera sacos de arena amarrados a los tobillos, necesitaba llegar con la premura de la que sabe que se va a desmayar en cualquier momento. Vi que un hombre vestido de blanco repostaba con la manguera en una especie de furgoneta o camión con la imagen de pescados y mariscos. ¡Hombre! - me dijo el de los ojos de besugo- ¿qué haces aquí, muchacha?

Y antes de caerme, le contesté: es verdad que no tengo ni novio ni hijos, y que mi estabilidad se reduce a un trabajo fijo, a un contrato indefinido y que la Rope tiene razón: me da envidia, pero no por lo que ella cree. Me da envidia por haber salido tanto, por habérselo pasado tan bien, por haber conocido a tanta gente, por haberse atrevido a raparse la cabeza. ¿Sabe qué? Yo nací con la cabeza sentada y de lo que tengo ganas es de levantarla, que a este paso se le va a quedar el culo plano.